

HOMILÍA 17 DE JULIO DE 2024

Obispo Steve Lowe, Diócesis de Auckland.

No escucharon, esos invasores asirios de los que oímos hablar en la primera lectura... Se suponía que los asirios eran el instrumento de Dios que debía humillar a Israel. Pero fueron más allá del mandato del Señor y, como resultado, iban a experimentar un fuego ardiente, devorador y destructor que proviene de no escuchar, de no oír.

Aquellos discípulos que caminaban hacia Emaús aquel primer día de Pascua, Cleofás y, creo, su esposa, habían escuchado, pero no habían oído. No estaban en su *"deber de sentarse"*, pues estaban hablando de todo lo que había pasado cuando este desconocido se metió en su conversación. *"¿Qué discutís entre vosotros mientras camináis?"*. preguntó Jesús.

Cleofás responde, contando toda la historia del acontecimiento de Cristo desde su perspectiva decepcionada. Habían escuchado, pero ciertamente no habían oído, porque su propia esperanza era que Jesús era el que iba a redimir a Israel. ¡Se suponía que iba a engrandecer de nuevo a Israel!

"Oh, qué necios sois", dijo Jesús, *"y qué lentos de corazón para creer todo lo que han anunciado los profetas"*, mientras los lleva en un viaje de comprensión e iluminación, mientras les abre las Escrituras. Y mientras les habla, sus corazones empiezan a arder en comprensión y amor.

La escucha y la iluminación van de la mano... Lo vemos en las Escrituras cuando fueron llamados los profetas, en las llamadas de María, José, los Doce y muchos otros. Escuchan la llamada en lo más profundo de su corazón, y se iluminan, escuchando con sus oídos, oyendo en sus corazones ardientes como Cristo "La Palabra" ilumina su camino.

También Jesús escucha, oye y se ilumina. En el Evangelio exclama complacido: *Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los entendidos y habérselas revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así te ha placido hacerlo*. Tal escucha revela una perfección de Dios e indica el camino que debemos seguir para crecer en perfección y santidad. En efecto, vuestra promesa mutua de *"amarte y honrarte todos los días de mi vida"* os llama a ambos a un continuo compartir de vuestro interior y a una escucha profunda.

Y, sin embargo, es más fácil decirlo que hacerlo, ¿verdad? Porque las parejas casadas y/o los padres están ocupados... Tan fácilmente nuestro trabajo, comunidad, intereses, medios sociales y nuestro mundo pueden erosionar y corroer las relaciones. Cuando se permite que eso suceda es cuando el fuego ardiente, consumidor y destructor de la primera lectura puede socavar tan fácilmente incluso la mejor relación.

En el camino del matrimonio, y también del sacerdocio, es fácil estar absorto en lo que sucede a nuestro alrededor. A menudo, no nos damos cuenta de que nos estamos alejando de la cruz, el gran signo de la alianza de amor, y de Jerusalén, la gran ciudad que simboliza la morada de Dios con nosotros, donde todos estamos unidos, en paz y amor.

El deber de sentarse es una dimensión clave de los Equipos y el viaje a Emaús puede ayudarnos a iluminar el "deber sentarse". Observa cómo Cristo se les hace presente. Estaban solos en el camino, sin distracciones... tiempo y espacio. Entonces, ¿cómo os tranquilizáis y os hacéis intencionadamente presentes los unos a los otros? ¿Cómo dejáis de lado todo lo demás y creáis vuestro espacio y vuestro tiempo para sentaros?

"¿De qué habláis entre vosotros?", preguntó. Quería escucharles, oírles. No tenía prisa. Entonces le escucharon, mientras abría los pasajes de la Escritura que se referían a él. Mientras escuchaban, sus corazones empezaron a arder en su interior al llegar a una nueva comprensión de Aquel a quien todavía no reconocían.

¿Cómo escuchas y cómo oyes como pareja? ¿Os tomáis el tiempo necesario para percibir cómo arde vuestro corazón al compartirlo? ¿Discutís dónde está el Cristo resucitado que quiere guiaros como matrimonio? El proceso sinodal también nos invita a escuchar hacia dónde nos conduce el Espíritu en medio de la conversación espiritual. Considera también la sesión como una conversación espiritual en la que Cristo resucitado camina y habla contigo como lo hizo con la pareja en el camino de Emaús.

Que el deber de sentarse sea para vosotros un momento "con el corazón ardiendo" en el que reconozcáis al Señor resucitado. Que con él gritéis de alegría. *Te bendecimos, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por ocultar estas cosas a los sabios y a los entendidos y revelárselas a los pequeños. Sí, Padre, porque así te ha placido hacerlo.* Que haga grandes cosas por ti, contigo y en ti dentro de tu matrimonio.

